

ÁNGEL GABILONDO

Las ganas, la chispa del año

No resulta fácil acabar de nacer, ni para el año ni para nosotros. En realidad, nos cuesta llegar a la vida. Quizás esperar a que algo nos apetezca para hacerlo es ignorar que, en muchísimos casos, sólo por inmersión puede irrumpir lo que llamamos, con imprecisión, pero con gracia, *las ganas*. Si uno aguarda a tenerlas para sentarse a estudiar o para realizar determinados trabajos, nunca empezará. Es lo que tiene el hacer, que siempre implica sus riesgos. Y es lo que nos recuerda Platón, que si algo surge y brota contundentemente suele requerir alguna preparación, alguna dedicación, alguna competencia. No hay tantos con capacidades sobrenaturales como suele decirse, sino que “después de una larga convivencia con el problema, después de haber intimado con él, de repente, como la luz que salta de la chispa, surge la verdad y crece”. Son muchos años preparando la llegada de este que comienza, que es, en todo caso, irrepetible. Y será preciso entregarse con decisión, con coraje a él. Se exige un cuidado, un cultivo, un modo de proceder. Ocuere como con eso del amor. “El que ha sido educado en las cuestiones amorosas y contemplando en este orden y en debida forma las cosas bellas, acercándose ya al grado supremo de la iniciación en el amor adquirirá de repente la visión de algo que por naturaleza es admirablemente bello”. Ya no es sólo lo que conmovía a Séneca, la posibilidad de decir al concluir el día: “Hoy he vivido”. Tenemos unos meses, quizá, para proceder con intensidad, para entregarnos con decisión a algo, a fin de no limitarnos finalmente a decir, *parece que fue ayer, un año más, qué rápido pasa el tiempo, que no sea peor que el anterior*, y otras letanías de un rosario de resignaciones.

No siempre nos faltan perspectivas, ni tareas, ni posibilidades. A veces, simplemente, no tenemos ganas. Y si no las hay, todo se complica. El error consiste en creer que han de anteceder a lo que hagamos, como si fueran una garantía del sentido de algo. Lo que sí es cierto es que, sin ellas, nada resulta. Andamos mal de ganas y, lo que es peor, las confundimos con cualquier cosa, una apetencia, un antojo... y si le tenemos ganas al año es porque buscamos vérnoslas con él, como si más que de un desafío o de un emplazamiento se tratara de darle su merecido, para que aprenda a no ofrecer falsas expectativas. Es cuestión de lograr que no haya nada

ÁNGEL GABILONDO, rector de la Universidad Autónoma de Madrid



ASTROMUJOFF

AMANECE EL AÑO.

Esperemos que con ganas,
las nuestras, o no hay nada
que hacer, o mejor dicho,
dará igual lo que hagamos

que esperar. Tal vez así podamos disimular algún temor a ser defraudados. Para empezar, por nosotros mismos.

Suele decirse que todo arde si le aplicas la chispa adecuada y es curioso que, en ocasiones, es suficiente con poner algo de ganas para que resulte más ardorosamente atractivo. Sin embargo, tal parecería que se preconiza una indiferencia que confundimos con la serenidad, una frialdad que identificamos con la objetividad, un desinterés que se ofrece como generosidad. Así, el año está caduco antes de empezar. Son las ganas, viveza del ingenio, signos también de luminosa inteligencia, siempre que no las con-

fundamos, sin más, con el deseo, que es de otra envergadura.

Con razón se dice que no basta simplemente con las ganas. Hay quien carece hasta tal punto de condiciones o de oportunidades que resultaría frívolo achacar a su falta de empuje lo triste o duro de su situación. Ahora bien, aun incluso en ese caso, serán necesarias para buscar salidas. Pero es cierto. No es cuestión de propiciar un ánimo vacío de contenido, una falsa ilusión, un insensato ánimo. No es suficiente, en efecto, con tener ganas, pero poco cabe ir muy lejos sin ellas. Tal vez, sólo enfangarse en las tareas y quedar una y otra vez empeñados en labores que no nos dicen nada.

En cualquier caso, sin esa chispa, sin esas ganas, todo parece inviable, imposible, improbable, innecesario, infecundo, y de lo que se trataría es de dejarse llevar por la situación, apagando toda llama como sólo un aguafiestas o un cenizo sabe hacer, proyectando sobre lo que viene su mala sombra. Es más, diríase que a éstos no les faltan ganas, pero son las de que la cosa no resulte, confirmando así su supuesta perspicacia y su presunta sensatez.

Lo más curioso es que, con frecuencia, semejantes desganados se presentan como realistas o como brillantes pensadores, que tienen tan excelsa idea de todo que ningún acto está a la altura de su concepción. Y no hacen nada. O, lo que es peor, lo queman, limitándose a ejecutarlo. Estos seres activos pronto llenarán el año de sucesos y de cosas, iremos y vendremos, subiremos y bajaremos..., pero quizá nada ocurra. Esperamos que sea así, subrayan. Ya que, a decir de estos agoreros, más bien, de suceder, no sería bueno. Por eso es tan gratificante coincidir con alguien capaz de hacer brotar una llama y, si ya debe de resultar extraordinario encontrar en sí mismo la capacidad de hacer algo de buena gana, sería magnífico dar en uno con las ganas de hacer algo realmente bien. Tal es en muchas ocasiones la fragancia que da distinción, y no tanto la infrecuente genialidad. Es la entrega, la decisión, el sentido de una ambición, que es tanto amor propio como donación y no un indiscriminado arrollar al otro.

Se levanta el año, se despereza una infinita espera y por delante se nos avecina no sólo una enorme labor sino, a su vez, una posibilidad, una ocasión. Amanece el año. Esperemos que con ganas, las nuestras, o no hay nada que hacer, o mejor dicho, dará igual lo que hagamos. Si no salta la chispa, no surge la verdad. Cosas del atrevido Platón.●

FRANCESC-MARC ÁLVARO

Vértigo y plomo

Me llama un amigo del País Vasco y me habla de la sensación de vértigo que le invade. Es un vértigo que ya conoce, intenso, metálico, electrificante y oscuro. Es el vértigo del *no hay futuro* y del cansancio. Pero no un cansancio físico que pueda ser descrito en términos de fuerzas que se pierden, de ausencia de energía. Es más bien un cansancio que se sobrepone capas de moho sobre otras capas de moho, un rincón de podredumbre infinita. Mi amigo es un firme partidario de la política, de otro modo no lo resistiría. “El problema de ETA –me dice él– es que desconfía de sí misma y, por tanto, es incapaz de imaginarse actuando en un marco que haya eliminado las bombas y las pistolas. En ETA, con otro nombre, pueda ser un actor político, que sea posible la transformación de la violencia en una dialéctica pacífica que estime el cauce de las urnas como el único lugar donde los conflictos deben sustanciarse”. En este sentido, es muy cierto que ETA es el último gran residuo del franquismo, precisamente por su carácter antipolítico, por su recelo a la palabra y al pacto. Mi amigo, que nació en los últimos años de la dictadura, siente que en el País Vasco la historia se ha estirado como un chicle largamente masticado, sin otro sabor que el del plomo. Un sabor amargo.

Le pregunto a mi amigo si él sigue siendo partidario de explorar un acuerdo de paz con los terroristas después del atentado de Madrid que ha roto la tregua. Su respuesta: “Si yo soy partidario de la política, no puedo ser como la gente de ETA. Debo seguir creyendo que puede haber una salida. Ello no quiere decir que la policía y los jueces no hagan su trabajo con firmeza y contundencia, pero no hay que descartar otros canales que ahora se han cortado”. Temo –y se lo digo– que esta actitud sea confundida con una gran debilidad. Él lo tiene claro, a pesar del vértigo: “La fortaleza de los que abrazamos la política y sentimos repugnancia por la violencia es precisamente que no podemos cerrar esa otra puerta, con astucia y con realismo. No hay que confiar nada en los etarras pero hay que tenerlo todo preparado para el día en que ellos sientan también ese vértigo final, la nada convertida en asco”.

La hora de la política se tambalea, los ideólogos del crimen retornan al laboratorio de la calle y los ciudadanos observamos, con pesar, el desgaste de la esperanza. Hace pocos días, hablábamos aquí del riesgo de comentar el proceso de paz a partir de impresiones más que de hechos. Los 200 kilos de explosivos en la T4 eliminan la creativa ambigüedad de los discursos y nos enfrentan a los datos implacables. Sólo la gran política, sin partidismos, puede ahora conducirnos.●

LLUÍS FOIX

Una temporada sin Lorenzo

Ha transcurrido un año, una temporada en la Tierra, como tituló sus memorias Lorenzo Gomis comprimiendo en poco más de 400 páginas toda una vida de 80 años. Una temporada muy breve desde que Gomis decidió irse en las últimas horas del 2005, doblando silenciosamente la servilleta cuando las campanadas se preparaban para dar entrada saludando al nuevo año con el ruido y el jolgorio habituales.

Roser Bofill, su compañera inseparable, me llamó para comunicarme que Lorenzo había muerto. Cambié mi itinerario y acudí a su domicilio de la calle Balmes. Ahí estaba Lorenzo con una serenidad que se respiraba en toda la estancia. Llegó Jaime Arias a los pocos minutos. Luego Pasqual Maragall y Diana Garrigosa, el conseller Vallés y los amigos más cercanos.

Lorenzo se fue muy a su manera, sin ruido, con elegancia, discretamente, cuando el mundo se preparaba para la entrada del Año Nuevo, como pretendiendo que nadie advertiría su traspaso.

No voy a evocar lo que ha repre-

sentado Lorenzo Gomis para el periodismo, para la poesía, para la prosa rica y precisa. En las hemerotecas están sus miles de artículos publicados en *La Vanguardia*, sus libros de poemas, sus memorias, sus innumerables editoriales anónimos.

Quedan sus terceras páginas en la revista *El Ciervo*, fundada por los Gomis y Roser Bofill, una revista mensual que desafió la incompreensión de los que no creían y la ignorancia de los que no la consideraban por estar escrita en castellano teniendo su sede en Barcelona. Pienso que está pendiente la edición de un libro que recoja todos o una selección de sus artículos en la tercera de la revista. Roser insinuó que pronto se podrían publicar en un entrañable almuerzo reciente con Salvador Giner que nos mostró las dependencias y la actividad intelectual y académica que se desarrolla en el Institut d'Estudis Catalans.

Gomis era un poeta de lo cotidiano, un maestro de la ironía, un personaje que no conocía la ofensa, que sólo practicaba con sutilezas que no molestaban al afecta-

do. Hablaba sobre la vejez, la juventud, de la inocencia de sus nietos y de la ingenuidad de sus reflexiones. Fernando Krahn dibujaba su pensamiento cada lunes en este diario con unos trazos igualmente sensibles y sutiles.

GOMIS ERA

européista porque no
conocía fronteras entre
naciones, estados,
etnias o creencias

Lorenzo era europeísta porque no conocía fronteras entre naciones, estados, etnias o creencias. Reflexionaba sobre personajes del momento, sobre cuestiones de actualidad, sobre la historia, sobre la belleza, las actitudes humanas, el bien, el mal y también del Dios cristiano en el que había creído hasta el último de sus días.

Pasé más de treinta años siguiendo a Lorenzo muy de cerca,

primero como aprendiz, luego con intercambios de opiniones cuando pasaba por la redacción de la calle Pelai estando de corresponsal en el extranjero y, finalmente, como encargado de sugerirle editoriales que él ejecutaba como un pianista toca un concierto sin partitura y rutinariamente.

Era tímido. Eso parecía. Si alguna vez su genio se disparaba era mejor ir a dar una vuelta y regresar cuando Lorenzo había recuperado su natural y reflexivo sosiego. Nadie es imprescindible y el tiempo olvida todas las biografías que se pierden en los libros viejos o en las amarillentas páginas de los diarios. Pero siempre nos quedará Google y cuantos buscadores sofisticados nos suministre la tecnología del futuro para no perder las huellas literarias de este poeta y escritor, culto sin arrogancia, amante de lo prosaico y observador silencioso sobre las personas que le rodeaban.

Lorenzo se permitió ser él mismo siempre, al margen de los cambios y las modas de cada momento. Un lujo que muy pocos se pueden permitir.●

grupoGodó

Presidente
JAVIER GODÓ, CONDE DE GODÓ
Consejero Delegado: Carlos Godó Valls
Director General de Presidencia: Josep Caminal
Director General Corporativo: Carlos Gutiérrez
Director General de Negocios: Jaume Gurt
Director de Comunicación: Màrius Carol

LA VANGUARDIA

Presidente-Editor:
JAVIER GODÓ, CONDE DE GODÓ
Director General: Pere Caba
Director General Adjunto: Joan Angulo
Director de Marketing: Pere Guardiola
Director de Ventas: Javier Gallego
Controller: David Carrión
Controller Comercial: Xavier Martín